

¡ SOLA !

Tenía apenas veinte y cinco primaveras. De tez pálida y morena, la expresión que de continuo se veía reflejada en su rostro, era la expresión de una resignada. La ausencia de toda alhaja, de toda cinta, de toda coquetería, demostraba que aquel ser estaba desprovisto de felicidad. A menudo se la veía con un libro ó una labor, que podía casi decirse que maquinalmente hacía ó leía. Un buen observador hubiera deducido que aquel engolfamiento para entretener sus horas de ocio, era el empeñoso afán de ahuyentar algún recuerdo triste é importuno. Sus ojos, bellos aún, estaban empañados y enrojecidos por el llanto que de continuo corría por sus mejillas, ajadas ya por el surco que dejaban sus lágrimas. Nada la distraía, todo era triste á su alrededor. La soledad que la rodeaba era muy grande. ¿ Quién podía acompañarla á ella, que no se separaba un momento de su dolor ? ¿ Quién tendría la constancia, la abnegación de ahuyentar su pena, consolándola con frases alentadoras ? ¿ No había aburrido ya á sus amigas con sus quejas del alma, y no huían estas de la tristeza de que estaban impregnadas todas sus frases ? ¿ Y no era muy natural que ellas, felices, no quisieran recoger dolores ajenos ? Ah, su madre, pensaba ella, solo su madre hubiera podido sostenerla en sus desventuras. Pero faltábale hacia ya mucho tiempo aquel ser, ese báculo irremplazable, esa querida consejera que los hijos nunca valoran en